

das, por su autor, por el fruto de su voluntad libre.

La movilidad, casi incesante, de nuestra mentalidad es lo que nos produce el espejismo de la libertad y nos hace creer que hoy hemos querido hacer lo que realmente no *podimos* hacer ayer, lo que *no podemos* dejar de ejecutar hoy.

No pretendo seguir en sus ratiocinios á los filósofos que han fundado y que sostienen las doctrinas del determinismo, para convencer á los que me lean, sólo he tratado de mostrar <sup>1</sup> los fundamentos de sus opiniones para concluir que, como médicos, tenemos que aceptar (I): El hecho del paralelismo constante entre los fenómenos cerebrales y los hechos de conciencia; (II). Que este hecho del paralelismo, nos lleva ineludiblemente al determinismo (III). Que en realidad, somos habitualmente deterministas, aunque no lo querramos ser, cuando traemos á nuestra mente las ideas religiosas ó cuando pensamos en uno de esos crímenes que conmueven á la sociedad y nos parece que piden un castigo. Voy en cuarto lugar á tratar de sentar que el determinismo, bien juzgado, no es contrario á la moral ni á la justicia, para terminar con esta cuestión y dejar fijado lo que queda de la facultad de discernimiento y del libre albedrío, señalados por Krafft-Ebing como condiciones de la responsabilidad y que fueron objeto de esta parte de mi Memoria.

Existe, generalmente, la creencia de que adoptando las ideas deterministas se llega á la conclusión de la irresponsabilidad más peligrosa y de que, según esas ideas, Dios ha hecho hombres buenos y malos, que no tienen la culpa de ser así y que nunca serán de otro modo. Esto es tan desconsolador que no hay nadie que no se resista á aceptarlo; pero voy á demostrar que no debe temerse que el determinismo, bien entendido, sea tan peligroso como parece resultar de tales conclusiones, tomadas de un modo absoluto.

He dicho, que para que nos determinemos á verificar un acto, se necesita el concurso de un móvil y de una mentalidad especial que permita á ese móvil ejercer su influencia en determinado sentido; he dicho también que la mentalidad es un elemento esencialmente variable, en los

cerebros normales, y que bastará que obren sobre ella algunas causas para que el móvil que antes determinó una acción pierda su eficacia en ese sentido. En este concepto, un individuo que constantemente había dado muestras de perversidad, dejándose arrastrar por pasiones ilegítimas, podrá, si se le sugieren ideas sanas de religión, de moralidad y de justicia, dejarse influenciar por otros móviles que lo arrastrarán por un sendero de virtud opuesto al que antes había seguido. Otros individuos no modificarán su terreno mental por las ideas de religión ó de deber, pero serán modificables por la idea más baja del castigo; y esto lo vemos diariamente en los niños, tan adecuados para estudiar los fenómenos psicológicos y que alguien ha tratado de comparar con los delincuentes. Dios no ha hecho malos incorregibles, sino enfermos de cerebro inmodificable, ó seres débiles que necesitan la protección de sus hermanos fuertes, del grupo social, para seguir el camino del bien: «No hay criminales natos, dice el Profesor Dubois, sino individuos cuya mentalidad es anormal, y que, si se presentan circunstancias coadyuvantes, evolucionarán hacia la criminalidad.»<sup>1</sup>

(Concluirá.)

## BIOGRAFIA.

### EN ELOGIO DEL SR. DR. ISMAEL PRIETO

(AL OCUPAR  
EL SILLÓN VACANTE POR SU MUERTE EN LA SECCIÓN DE HIGIENE.)

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES ACADÉMICOS:

Que las primeras palabras que profiera en esta Academia de Medicina, sean para expresar mi agradecimiento á las ilustradas personas que la forman, por la bondadosa acogida que se me ha concedido, cuyo insigne honor de tiempo atrás tenía la inmodestia de ambicionar y hoy llena á mi espíritu de grata satisfacción. . . . !

Pero esta misma satisfacción que inunda mi alma, se enturbia ahora, al tomar posesión del sillón vacante que me corresponde ocupar, por el recuerdo de los sabios ilustres, ausentes hoy,

<sup>1</sup> No digo de *demonstrar*, lo que sería muy largo.

<sup>1</sup> Dubois. Op. cit., pág. 79.

que en él han tomado asiento antes que yo; que dieron con sus palabras vida á la Academia y ayudaron á establecer la ciencia á la que nada de cuanto concierne al bienestar del hombre le es extraño.

Aun se escucha el eco de la reposada y juiciosa palabra del último de mis antecesores, del "virtuoso, honrado y bueno, prudente y sabio, modesto y humilde" Dr. Ismael Prieto, que hizo en este mundo lo que debía hacer y ha entrado en el otro tranquilamente. Este hombre de espíritu en quien el público médico admiraba la constancia en el estudio, la vastísima instrucción que adquirió en muy corto tiempo sobre los principales ramos biológicos; lo cual le dió merecida y elevadísima superioridad entre las personas que cultivan las ciencias médicas, tuvo una parte preponderante en las investigaciones nacionales y en la organización de los laboratorios de bacteriología, contribuyendo con sus elementos científicos al progreso de la ciencia; circunstancias todas que le valieron un lugar en primera fila entre los trabajadores de una generación.

\*

Entregado desde que se recibió al ejercicio de la profesión médica, la practicó primeramente entre los operarios de una fábrica y más tarde como médico distinguido de uno de los mejores hospitales de la ciudad, en donde prestó sus importantes servicios casi hasta sus últimos días, legándonos interesantísimos estudios clínicos que fueron publicados en distintos periódicos médicos de esta capital.

Las aspiraciones del médico ilustrado y amante del progreso no pueden limitarse á la asistencia de los enfermos. El Sr. Dr. Prieto ambicionaba ciencia y, no obstante sus cuarenta años, sin profesor alguno, se entregó al cultivo de la Bacteriología, esa ciencia que á pesar de su juventud y rápido crecimiento, es ya una ciencia constituida donde todo se liga y se engrana.

Por aquella época no todos creían en la Bacteriología y buen número de médicos y aun de sabios, no sólo no tenían fe en ella, sino hasta se separaban de las teorías y principios profesados por el gran Pasteur.

Ninguna de estas circunstancias arredraron al Dr. Prieto, que lleno de fe dedicó al estudio de la ciencia los últimos años de su vida. Mas

como esta ciencia avanza y se extiende con una rapidez asombrosa al grado que, como dice Duclaux, se relaciona por el estudio de las diastases á una de las regiones más desconocidas de la química, por el de las materias albuminoides á una de las más difíciles, pero ya conocidas de la misma ciencia; por el estudio microbiano del suelo, del aire y de las aguas á la higiene en general; por el de los fermentos, á toda la fisiología; por el de los virus y venenos á la medicina toda, juzgó prudente dedicarse de preferencia á la técnica bacteriológica. Y como una aplicación inmediata de la asepsia con la cual los anteriores estudios lo familiarizaron, tomó á su cargo uno de los servicios más importantes del Consejo Superior de Salubridad, el de las inoculaciones preventivas de la rabia, en donde pudo aplicar la técnica más rigurosa, siguiendo con entera precisión el método establecido por Pasteur para la prevención de ese terrible mal.

Numerosos estudios de bacteriología emprendió después el Sr. Dr. Prieto: entre ellos figuran como los primeros en orden cronológico, el que se relaciona con el valor antiséptico de la "Clorozona Gayol;" los que hizo respecto del bacilo sutil, del de la difteria y de los microbios de la supuración y los estudios microscópicos de la sangre de tíficos. Es notable y digno de mención, asimismo, su estudio clínico y bacteriológico de los abscesos del hígado.

Entre las aplicaciones más importantes de sus conocimientos bacteriológicos se encuentran en primera línea los estudios de "Seroterapia á la aplicación del tifo, del cáncer y de la lepra."

La evolución científica del Sr. Dr. Prieto acabó de verificarse dirigiendo gran parte de sus estudios y escritos hacia esa ciencia que, vieja desde Hipócrates en sus aplicaciones, nació ayer como ciencia y, eso no obstante, tiene ya hoy un campo ilimitado de acción hasta el grado de poder decir de ella: *Nihil a me alienum est*. Todo lo que rodea al hombre, todo lo que está en relación con él, todas sus acciones, todas sus pasiones y aun ese misterioso mundo del pensamiento, ejercen una influencia sobre su salud y todo lo que tiende á la conservación de la salud, pertenece por derecho á la Higiene. A ella incumbe decir cómo debemos conducirnos para vivir largo tiempo y para vivir bien, exentos de sufrimientos, de enfermedades y en posesión de to-

da la potencia de acción que la naturaleza nos ha concedido.

Penetrando á este nuevo campo de acción vemos al Dr. Prieto emprender importantísimos estudios sobre la inmunidad: análisis del aire, del agua y del suelo, es decir, los medios en que el hombre vive, en que, por decirlo así, el individuo está sumergido y que, por lo mismo, ejercen poderosa influencia sobre su vida.

Los trabajos del Sr. Dr. Prieto en esta dirección, le valieron ser recibido entre los ilustres académicos, ser Secretario por tres veces, siendo él quien reseñó los trabajos verificados en la Academia durante el año social de 1901 á 1902.

Fué miembro activo de la antigua Sociedad Médica "Pedro Escobedo," en las columnas de cuyo periódico, "El Observador," se encuentran algunos de sus primeros trabajos científicos; y hasta sus últimos días formó parte de la Sociedad de Medicina Interna, de la cual llegó á merecer la honrosa distinción de ser elegido Presidente.

Con el carácter de delegado al XII Congreso Médico Internacional, que se celebró en Moscú en 1897, tuvo entonces la doble investidura de representante del Gobierno del Estado de Yucatán y del Consejo Superior de Salubridad de México.

Tomó parte en las labores de la Asociación Americana de Salubridad Pública reunida en Minneapolis (Estados Unidos de América), á fines de octubre y principios de noviembre de 1899.

Desgraciadamente la muerte vino á interrumpir esta evolución asombrosa verificada en casi diez años, terminando con la vida del hombre ilustre á quien me toca ahora suceder.

Pero para nosotros no ha muerto, porque en la Academia vive aún, pues allí están sus escritos y, sobre todo, su ejemplo, que nos sirve de guía y que debemos imitar.

México, 10 de febrero de 1905.

J. E. MONJARÁS.

NOTA.—Los datos que consulté para la formación de este escrito constan en el "Boletín del Consejo Superior de Salubridad," en el cual se publicó la biografía del Dr. Prieto, escrita por el Sr. Dr. Luis Troconis Alcalá que fué reproducida en la "Gaceta Médica," segunda serie, año de 1904, tomo IV, número 2, correspondiente al 15 de enero del mismo año.

## APUNTAMIENTOS BIOGRAFICOS

DEL

SR. DOCTOR DON FRANCISCO DE P. CHACÓN

SOCIO QUE FUÉ DE LA

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA.

Trabajo arduo es, en verdad, escribir la biografía de esos apóstoles mártires que consagran su vida al estudio de la ciencia para alivio de la humanidad. Sus desvelos y fatigas desde sus primeros años de estudio, su abnegación en la lucha continua contra los ataques á la existencia que abriga el medio en que viven trabajando, los pensamientos profundos y conmovedores que la disección del cadáver despierta en su cerebro, sus sacrificios, sus amarguras, todo, pasa inadvertido de la misma sociedad en que se agitan, porque el médico trabaja para la humanidad en el apartado recinto del anfiteatro ó en la sala de un hospital, sin ostentación, sin ambiciones bastardas, en el dulce recogimiento que exige el estudio de la ciencia. Esto hace difícil formar una biografía completa de uno de nuestros maestros; los datos escasean, las fechas se han perdido, y apenas se puede precisar algún acontecimiento notable de su laboriosa é incansable vida. Me veo, pues, obligado á resumir la biografía de mi siempre sentido maestro el Sr. Dr. D. Francisco de P. Chacón, en un extracto de su larga carrera médica.

Nació en Guadalajara en el año de 1839, y desde sus primeros años manifestó un grande amor para el estudio, habiendo logrado ingresar á la Escuela de Medicina, muy joven aún. Ahí cursó los cinco años de estudios que entonces se exigían para la carrera profesional, habiendo obtenido el primer premio en cada uno de ellos; circunstancia que hizo prever la altura á que llegó después como inteligente y hábil facultativo. Comprendiendo que la anatomía era la base para la ciencia que profesaba, se dedicó con entusiasmo á la disección, escurrió con profunda mirada el cadáver, hasta fotografiarlo, por decirlo así, en su cerebro. Ese trabajo le valió: el puesto de prosector interino de anatomía, por ausencia del inolvidable Dr. D. Francisco Montes de Oca, en 12 de julio de

1863, cuando aún era estudiante, pues cursaba el cuarto año de estudios; el de prosector propietario de anatomía descriptiva, en 2 de agosto de 1865, ocho meses después de haber sustentado su examen profesional; el mismo puesto, pero obtenido por oposición, en 4 de mayo de 1866, en el que fué ratificado en 1° de julio de 1868, por el Sr. Juárez, como Presidente entonces de la República; en 22 de ese mismo mes, el de prosector interino de la clase de anatomía topográfica; el de profesor adjunto de ella, y por oposición, en 22 de febrero de 1870; y por último, el de prosector propietario de la repetida anatomía topográfica, también por oposición, en 20 de febrero de 1871. A los treinta años había atravesado, paso á paso, casi todas las difíciles etapas de anatomía.

Fuerte con el conocimiento exacto adquirido en esa constante labor de análisis, poseyendo la plena conciencia de la constitución de la máquina humana, se lanzó á los hospitales á ligar la arteria, á amputar el miembro dañado, á soldar la fractura en el hueso, en una palabra, á ejercer la cirugía con mano hábil y notable inteligencia. Fué un gran cirujano, como había sido un experto anatomista.

Durante treinta y cinco años prodigó sus enseñanzas en la clase de anatomía topográfica. Ejerció un verdadero apostolado con sus discípulos, que hoy somos, en su mayor parte, los médicos del país; y su único anhelo se limitó siempre á ser claro y conciso en sus lecciones.

Se hizo acreedor, por sus cualidades personales, prudencia, caballerosidad y amor al cuerpo docente, de que era honorable miembro, á desempeñar diversas ocasiones, aunque interinamente, la dirección de la Escuela de Medicina.

Avido de saber y de adquirir conocimientos emprendió varios viajes á Europa, y en algunos representó á la Nación en Congresos Médicos Internacionales, donde se le hizo justicia á su talento y tuvo ocasión de manifestar sus profundos conocimientos científicos.

Médico tan notable, no era posible que dejara de pertenecer á la Academia Nacional de Medicina; fué uno de sus socios más queridos y ocupó en ella el honroso puesto de presidente.

La Sociedad anatómica de Madrid lo nombró su socio corresponsal, y la Sociedad Médica «Pedro Escobedo» su socio honorario. El Hos-

pital Béistegui lo contó entre sus eminentes médicos.

No impunemente se consagra una existencia á un asiduo trabajo intelectual. El Dr. D. Francisco Chacón fué uno de los sabios á quien sus esfuerzos en el estudio costaron la pérdida de la salud. En sus últimos años, agobiado por la enfermedad, con rara fuerza de volición, asistía á su clase siempre cumplido, siempre afanoso por transmitir su saber, procurando dominar con su inteligencia al mal físico. Eran los moribundos centelleos de la estrella que se apaga.

Así, con la majestad de un ocaso, reclinó el Maestro su frente apagada en el cabezal de piedra.

Sus funerales se convirtieron en una apoteosis, porque ante su cadáver, pronunciaron su elogio, compañeros suyos en el profesorado y en la Academia, tan honorables, tan sabios y tan sinceros, como los Doctores D. Ramón Icaza y D. Gregorio Mendizábal.

Murió sin esposa, sin hijos. Antes, la muerte le había arrebatado la tierna compañera de su vida. En la inmensa soledad de su corazón, el cuerpo docente de la Escuela se convirtió en su familia; en su hogar, la Academia; sus hijos fueron los alumnos. El de febrero de 1904 quedará siempre de fecha luctuosa para esta ilustre Sociedad, que, como los antiguos griegos, sabe conservar incólume la memoria de sus grandes hombres.

No creo haber cumplido con el deber que me impone el reglamento de la Academia, en su art. 6°, inciso 4°; pero la circunstancia de no haber dejado esposa ni hijos el Sr. Chacón, hace casi imposible escribir su biografía con todos los pormenores que el asunto requiere. Debo á la deferencia de la señorita su hermana algunos de los que menciono.

Así, pues, suplico á esta Honorable Corporación se digne admitir mi débil trabajo con su reconocida é indulgente bondad.

México, marzo 22 de 1905.

DR. GABRIEL MALDA.